

¿Debe la Iglesia pedir perdón?

Juan García Pérez, SJ*

EN las últimas semanas ha reverdecido el tema –y la polémica– de la actitud de la Iglesia de pedir perdón por los errores que ha cometido en la Historia. En el espacio de unos pocos meses encontramos no pocas manifestaciones de la Iglesia. Las más recientes, el Congreso en Roma sobre el antijudaísmo. Semanas antes, en agosto, en el encuentro mundial con jóvenes en París, el Papa, recordando la «noche de San Bartolomé» de 1572, afirmaba que *«los cristianos han realizado en la historia algunas acciones condenadas por el Evangelio»*. Y remontando aguas arriba el curso de las intervenciones de Juan Pablo II, tropezamos a cada paso con afirmaciones parecidas: En 1995 en Olmütz, en «nombre de todos los católicos» pedía perdón por los males causados a los no-católicos. El mismo año escribía una «carta a las mujeres» en la que denunciaba «casos de culpa objetiva» de «numerosos hijos de la Iglesia». El año anterior (1994) en la asamblea plenaria de los Cardenales invitaba a los cristianos a que hicieran una confesión de sus propias culpas como elemento decisivo de la preparación del

* Doctor en Teología. Profesor en ICADE (Universidad Pontificia Comillas). Madrid.

año jubilar (2000): «*Es necesario que también la Iglesia, a la luz de cuanto ha enseñado el Vaticano II, afronte de nuevo y por propia iniciativa los aspectos oscuros de su historia y los valore a la luz del Evangelio*» (TMA). En 1992 denunciaba en Senegal la participación de los cristianos en la esclavitud. Ese mismo año pedía perdón en Santo Domingo por los incontables sufrimientos causados a los indígenas en la conquista y colonización de América... Podríamos seguir hasta llegar a los comienzos del actual pontificado. El experto vaticanista Luigi Accatolici, recontando estas peticiones de perdón, afirmaba que superan ya el centenar las veces que Juan Pablo II ha confesado la culpa de los católicos y ha corregido determinados juicios históricos (*Corriere della Sera*, 14.8.97). Luigi Accatolici: *Mea culpa. Cuando el Papa pide perdón*. (Grijalbo, Barcelona, 1997, 221 págs.).

Esta actitud es personal del Papa y en cierto modo es innovadora. El pasado reciente no anda sobrado de confesiones de este estilo. Hace un siglo, el Vaticano I presentaba a la Iglesia más bien como un signo elevado entre todos los pueblos, de excelsa santidad y de inextinguible fecundidad en todos los bienes. Se trataba de justificar, de modo apologético, a la Iglesia frente a los ataques de los enemigos, que ciertamente no eran ni pocos ni pacíficos. La Iglesia pretendía ignorar su lado débil, lo ocultaba o lo excusaba a carga cerrada.

Afortunadamente el Papa Juan Pablo II tampoco es en la Iglesia un solitario perdido en una isla desierta. No está dramáticamente solo en su actitud de pedir perdón. Tiene precedentes. Podríamos remontarnos hasta un lejano predecesor de Juan Pablo II, Adriano VI, quien el 3 de enero de 1523 ante el parlamento de Nürenberg hacía leer una declaración en la que confesaba las culpas de la curia romana en ciertos malentendidos de la Iglesia y aseguraba que «pondría todo el esfuerzo para que comenzando por nuestra propia corte, de la cual tal vez han tomado origen todos estos males, sea mejorada».

Juan Pablo II tiene también seguidores. El cardenal Martini se arrodilla ante las víctimas del antisemitismo. El propio cardenal Ratzinger, en el Congreso Eucarístico de Bolonia, pedía perdón por la intolerancia que la Iglesia ha mostrado en el pasado. Al referirse a la condena de Giordano Bruno, decía: «*Creo que ésta es una culpa que debe hacernos pensar y debe guiar el pensamiento. No sé si soy la persona adecuada para pedir perdón, pero estoy convencido de que debemos ser siempre muy conscientes de la tentación que tiene la Iglesia, como institución, de transformarse en un Estado que persigue a sus enemigos... Pidamos que el Señor nos haga comprender que la Iglesia no debe hacer mártires sino ser una Iglesia de mártires*». Estas palabras resultaron, al parecer, tan extrañas o incómodas a *L'Osservatore Romano* que las silenció por completo. El diario de la

Conferencia Episcopal Italiana, *Avvenire* las sometía a una «condensación» edulcorada. No resulta difícil encontrar noticias y comentarios en agencias y medios de comunicación eclesíásticos que, con sutiles matizaciones, domestican las actitudes de pedir perdón hasta hacerlas desvaídas e irrelevantes.

Mirar de frente a las propias sombras

ANTE estas manifestaciones del Papa han surgido aun en su cercano entorno llamadas a la cautela, que es la fórmula cortés de distanciarse y tomar otro camino. Ya en la asamblea citada de cardenales de 1994 se pretendía ralentizar este propósito del Papa. Si la Iglesia pedía públicamente perdón por hechos concretos estaba suministrando armas a los que la critican y estaba desorientando a los propios católicos. En el reciente Congreso Eucarístico, celebrado este pasado verano, el cardenal Biffi afirmaba que, desde el punto de vista de la racionalidad laica, pedir perdón no tiene sentido. La Iglesia no ha cometido unos errores y faltas llamativamente mayores que los de las sociedades de su tiempo. Y, además, hay que saber encuadrar cada actuación en su contexto histórico. No se pueden juzgar sin más los hechos de ayer con la mentalidad de hoy.

Apuntarse con presteza a estas matizaciones, que tienen un punto de razón, encierra el peligro de repetir en nosotros la actitud de Peter Pan que se niega a crecer. En sistemas sociales, en instituciones, en el propio cuerpo humano o en la familia, estallan a veces algunos síntomas que nos avisan de una desviación, una enfermedad o un peligro. La chispa nos indica que la instalación eléctrica es defectuosa. El dolor o la fiebre desvelan una situación enfermiza. El silencio pertinaz o los gritos permanentes en el matrimonio o entre padres e hijos ponen de manifiesto una falta de comunicación afectuosa y razonable. Nos vienen a decir que ese matrimonio no es verdadero matrimonio o que en esa casa hay paredes pero no hay familia. Cuando personas diversas, ante un acontecimiento, como es el jubileo del año 2000, que se prepara con antelación y seriedad, sienten la necesidad de pedir perdón, será mucho más sano escuchar esa llamada con atención y agradecimiento y sacar las necesarias consecuencias.

Los psicólogos se refieren al «lado oscuro» de la personalidad, como aquella zona de nosotros mismos que no se ha desarrollado convenientemente, que ha quedado reprimida, de la cual nos avergonzamos y que quisiéramos ocultar o ignorar. Pero para integrarla y, en cierto modo, superarla, hay que mirarla de frente con decisión y lucidez, dispuestos a aguantar su

rostro. El poeta americano Robert Bly escribió que *«aquellas zonas de nuestra personalidad que no amamos se convierten en enemigos nuestros»*. Los traumas que nos negamos a mirar de frente se convierten en sombras que nos persiguen a todas partes. El mal o la enfermedad no desaparecen o se curan simplemente porque pensemos no verlos o pretendamos ignorarlos. Se convertirían —si adoptamos esa actitud— en «asesinos silenciosos» que nos darán el zarpazo cuando ya no nos queden fuerzas para defendernos.

La teología desvela nuestras sombras

EL reconocimiento de las sombras en la Iglesia, de su lado oscuro, nos viene no sólo sugerido por la psicología social sino también afirmado por la propia teología. La Iglesia concreta es iglesia de pecadores e iglesia pecadora. Ya Tertuliano en su tiempo afirmaba que la Iglesia no era la Iglesia del espíritu sino una casa de prostitución porque no excluía para siempre a los adúlteros de su comunidad. Y algo parecido han venido enseñando todas las corrientes elitistas a lo largo de la historia, los montanistas y novacianos del siglo III, el donatismo en tiempos de San Agustín, el mesalianismo y otras corrientes heréticas en el monacato. La Edad Media conoce el paso de corrientes puristas como los cátaros, el espiritualismo de Joaquin de Fiore o los husitas. Repudiaban violentamente aquella realidad defectuosa y manchada que tenían cerca, porque sólo creían en la Iglesia limpia y santa. Los propios reformadores del XVI, que enseñaban la corrupción y pecaminosidad del hombre, clamaban contra un papado corrompido (que lo estaba) y el pecado de la Iglesia.

La Iglesia no sólo es pecadora sino que, afortunadamente, lo reconoce, al menos en teoría. El Vaticano II, completando sustancialmente y en ese sentido modificando radicalmente la actitud defensiva del Vaticano I, nos recordará que *«La Iglesia, recibiendo en su propio seno a los pecadores, santa al mismo tiempo que necesitada de purificación constante, busca sin cesar la penitencia y la renovación»* (LG 8). Está llamada a una perenne reforma (UR 6) y la plenitud de la verdad no es un hecho ya alcanzado sino una meta a la que se dirige (DV 8). La Iglesia no tiene el monopolio de la santidad y está gravada por la hipoteca pesada del pecado.

No digamos precipitadamente que la Iglesia en sí es santa aunque esté manchada por la conducta de sus hijos pecadores. La Iglesia es algo real. Existe. Es visible. Es la suma de los bautizados que creen en ella y están unidos en torno a los obispos presididos por el Papa. No existen dos iglesias: una

¿Debe la Iglesia pedir perdón?

ideal, sin mancha, más allá de las nubes, y otra ensuciada con los lodos ambiciosos o egoístas de esta tierra. Hay una sola Iglesia.

Pero, aun siendo pecadora, sigue siendo la esposa de Cristo. Los santos padres hablaron de la «casta meretriz», la casta prostituta. Toda la historia de la iglesia, con sus días de luz y su oscuridad de pecado, está unida a su fundamento, Cristo, que es fuente de autenticidad, de honradez, de entrega limpia. La Iglesia es santa aunque viva atravesada por la contradicción entre un mensaje santo y la conducta pecadora de los mensajeros. Por ello los que examinan su propio interior y se reconocen hijos de esta Iglesia, aunque no cierren los ojos a la verdad, tampoco la desprecian con altanería como si ellos estuviesen ya instalados en las gradas de la plenitud, más allá del bien y el mal (1).

Hay palabras que comprometen

BASTANTES de las peticiones de perdón que hemos recogido más arriba están formuladas con matizaciones y enmarcadas en generalidades. Algunos, aun dentro de la Iglesia, tienen la impresión de que lo que se da con una mano no se quita pero se rebaja con la otra. Aun así y todo creer que todas esas peticiones de perdón son fruto de un espíritu calculado nos parecería estrechez de espíritu. Creemos que no son simples ejercicios retóricos de humildad ensayada. Pero toda confesión de culpa, para ser sincera, requiere una corrección de la actitud que condujo a esa culpa. De lo contrario nos encontraríamos ante un caso de cinismo.

(1) Permítasenos recoger, muy condensadamente, una bella página de K. Rahner sobre este punto: «Los escribas y fariseos —y existen no sólo en la Iglesia sino en todas partes y con todos los ropajes— una y otra vez arrastrarán ante el Señor a la mujer y la acusarán: “Señor, esta mujer ha sido sorprendida en fragante adulterio. ¿Qué dices a esto?” Y esta mujer no lo podrá negar. Piensa en sus pecados, que realmente ha cometido. Es la pobre Iglesia de los pecadores. Y se encuentra ante aquel, a quien ha sido confiada. Pero él calla. Escribe los pecados de la mujer en la historia del mundo, que desaparecerá pronto y sus pecados con ella. Se calla durante unos momentos que a nosotros nos parecen siglos. A lo largo de todos los siglos aparecen junto a esta mujer nuevos acusadores. Y al final quedará sólo el Señor con la mujer. Y entonces se erguirá y mirará a la adúltera, a su esposa y preguntará: “Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿No te ha condenado nadie?” Y ella, con indecible humildad y arrepentimiento dirá: “Nadie, Señor”. Y quedará aturdida porque nadie lo ha hecho. Pero el Señor se le acercará y le dirá: “Tampoco yo quiero condenarte”. Besaré su frente y le dirá: “Esposa mía, santa Iglesia”. (K. Rahner, «Iglesia de los pecadores», *Escritos de Teología* III).

Las «confesiones» de la Iglesia se refieren a un pasado lejano o reciente. Es cierto que se ven las cosas con más claridad a distancia y en los otros. No se requerirá un gran esfuerzo para escandalizarse ante los procedimientos que se empleaban en pontificados de principios de siglo para luchar contra el modernismo («*un error que pretende propagarse hoy día y que es mucho más mortífero que el de Lutero*» decía una altísima fuente vaticana) y que establecieron una red de espionaje y denuncias, bajo la dirección de monseñor Umberto Benigni, de la Secretaría de Estado del Vaticano. El *Diario de un alma* de Juan XXIII recoge un testimonio que también hoy debe hacernos pensar. En Bulgaria en 1925 donde vivía el entonces arzobispo Roncalli, escribió en su *Diario* que «*tomó conciencia de los muchos sufrimientos causados... por los órganos centrales de administración eclesiástica. Es ésta una forma de mortificación y humillación que no esperaba encontrar y que me hiere profundamente...*». Y más tarde en Estambul, repite un pensamiento muy parecido: «*La diferencia entre mi modo de ver las situaciones sobre el terreno y ciertos modos de juzgar las mismas cosas en Roma me duele notablemente, es mi única verdadera cruz*».

El pasado puede iluminar nuestro presente si no se lo impedimos. Se escuchan quejas, frecuentes y de personas de un cierto peso, que afirman que los canales de información y comunicación con la administración central de la Iglesia pueden estar obturados con filtros interesados de ideologías o facciones. No son tan raros los conflictos con teólogos en los que éstos afirman que, en el necesario proceso de clarificación, no han dispuesto de las mismas garantías con las que cuenta cualquier acusado en los actuales tribunales civiles. Hay nombramientos de obispos, preparados con muy poco diálogo con las conferencias episcopales respectivas, y de los que razonablemente se puede temer que serán causa de confrontación y división. La jerarquía en la Iglesia es responsable no sólo ante Dios y ante la historia. Es responsable también ante sus hermanos de fe, los católicos. No tomar conciencia de esto equivale o a cerrarse el camino para poder hablar o a pronunciar palabras retóricas que, por lo inconsecuentes, serán fácilmente calificadas de cínicas. La Iglesia ha hecho mártires en el pasado reciente. Henri de Lubac y cuatro profesores fueron destituidos fulminantemente de sus cátedras en 1950. A Yves Congar en 1954 se le prohibió enseñar teología y publicar libros. Hoy día son estimados como unos de los mejores teólogos del siglo XX y fueron creados cardenales por Juan Pablo II (2). Si confesamos arrepentidos que en

(2) En su *Diario (Tagebücher. II.Hrsgb. N und K, Schmitz-Moormann, Olten 1975, 117)* escribía Teilhard ya el 15 de agosto de 1917: «El progreso de ordinario se realiza necesariamente por medio de una ruptura con el orden establecido... La verdad oficial

la Iglesia hemos hecho mártires en el pasado, con un cierto temor expresaremos nuestro propósito de no seguir haciéndolos en el presente ni en el futuro. Al pedir perdón lo haremos con voz humilde, conscientes de nuestras incoherencias, para que nuestra "confesión" no quede ahogada por las nubes del incensario y el auto-elogio. No queremos extendernos mucho en este punto. Pedir perdón nos obliga a todos en la Iglesia a escuchar más y hablar menos, a comprometernos más con nuestras conductas y ahorrar palabras. A buscar una mayor cercanía y reducir al mínimo las imposiciones necesarias.

El caso español

LAS alusiones y artículos sobre este tema han sido frecuentes en España y aplicadas al caso español. Aquí la iniciativa no ha partido de la Iglesia, como en el caso de Juan Pablo II, sino que se le ha lanzado un reto desde un partido político: a ver cuándo la Iglesia y el Ejército piden perdón. Un breve párrafo no es el lugar adecuado, ni siquiera para una enumeración a vista de pájaro de las causas y responsabilidades de la segunda república, la guerra civil y la posguerra. Se ha recordado estos días que la Iglesia pidió perdón en la Asamblea Conjunta de Obispos-sacerdotes, en 1971. Aun así, la Iglesia española, sin reabrir heridas ni valorar responsabilidades ajenas en todos aquellos años, sí podría volver a pedir perdón con ocasión del próximo jubileo del año 2000. Podría tratarse no de una declaración de la jerarquía sino de un gesto colectivo de toda la Iglesia. Que mirase no tanto a lo que sucedió en el pasado, que no debiera haber sucedido, sino a lo que debe acontecer en el futuro. La Iglesia en la sociedad española tendrá que anunciar su mensaje no tanto a gentes que lo ignoran sino, sobre todo, a gentes que no lo creen. Ese posible gesto colectivo no debería quedarse en la espectacularidad. Debe, más bien, configurar las propias conductas.

en general está muerta. Y con ello muchas veces estamos expuestos a un nuevo peligro, el de aparecer como personas que ofenden a Dios. Y sin embargo es el coraje de estas personas el que suele abrir el camino para lo que será la ortodoxia de mañana. Estos "precursores de la verdad" son los que presienten las primeras sacudidas de una deficiencia o los que captan los primeros destellos de una luz. Son más fuertes, más jóvenes que su propio siglo y "han nacido antes de tiempo". Su situación está llena de peligros, de tristeza, pero también de belleza... Si son creyentes su dolor es más intenso. Y sin embargo su presencia es necesaria y fructífera. Por medio de sus preguntas difunden una saludable inquietud. La gran paradoja es que a veces la rebelión parece necesaria y providencial».